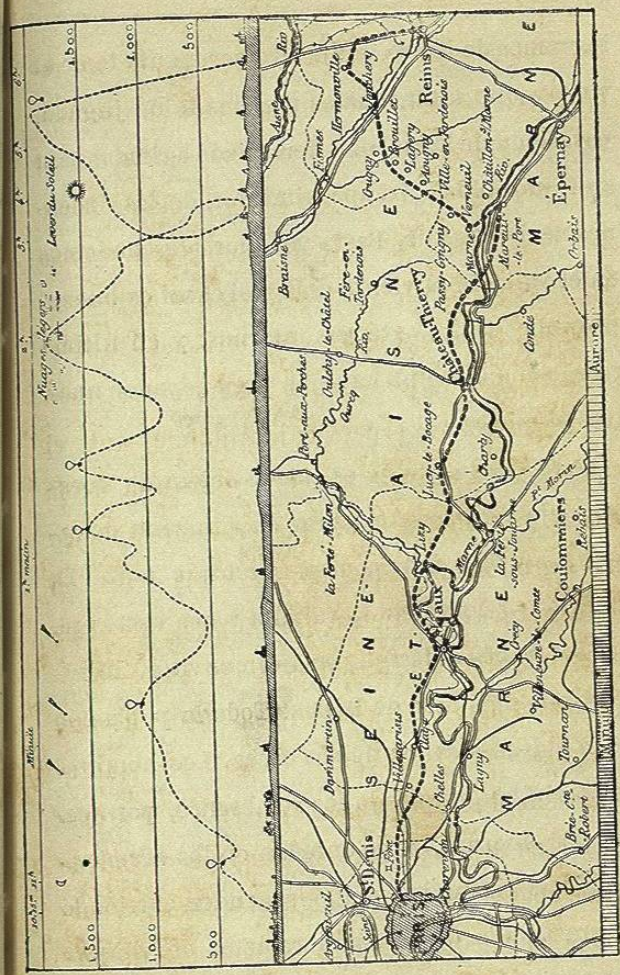
drugada. Con arreglo á nuestro convenio sale de la barquilla uno de los pasajeros; para equilibrar en parte su peso, llenan los pastores dos sacos de tierra y despues nos elevamos lentamente en los aires. Durante este tiempo ha aparecido el dia.

¡Pero que es esto! ¿Volvemos hácia París? No cabe duda; volvemos sobre nuestros pasos, siguiendo una ruta aérea dirigida hácia el O-N-O. y formando un ángulo de 30° próximamente con la que nos ha conducido aquí. ¿Es efecto de un viento local del valle, que acaba de formarse bajo la influencia de la aurora? ¿Es nuestra propia corriente que ha cambiado completamente de direcion? Sea cual fuere la causa, lo cierto es que nuestra ruta se ha metamorfoseado absolutamente. Nos dirigimos primero al O-N-O. hasta Verneuil, y despues, elevándonos más, nos dirigimos al Norte, hácia Firmer. Los madrugadores aldeanos se reunen, gritan y nos llaman; los perros ladran, las gallinas huyen y los espantados carneros se arremolinan balando. Seguimos subiendo, dirigiéndonos ahora hácia el Nordeste, despues de haber pasado sobre las encantadoras aldeas de Passy-Grigny, Aoungny, Logery, Brouillet y Crugny. Nos hallamos en el departamento del Marne. El cronómetro marca las cuatro y veinticinco.

A medida que nos elevamos hácia el cielo, se va tiñendo el horizonte oriental con los vivos colores del escarlata y del púrpura. Los rayos de una prodigiosa gloria, se proyectan hácia las alturas, la luz aumenta lenta y progresivamente y las nubes se perfilan de los esplendorosos matices del oro y del rosa, miéntras parece hervir en la region inferior una ola de fuego. Los frescos y verdes campos de la tierra parecen sumidos aún en el sueño de la noche, y los vapores de la aurora bañan aún los valles con su pastosa claridad. Repentinamente surge y se precipita sobre el aerostato, difundiéndose por toda la atmósfera, un rayo deslumbrador, que esparce por

los espacios los fantásticos encantos de un esplendor celestial. Todo renace, todo se ilumina, todo vive, todo canta. La ardiente esfera del sol aparece majestuosamente sobre la ola de fuego que le servia de lecho; las montañas se iluminan sobre los valles que se despiertan y el hechizo termina. ¡Hé aquí la luz, la actividad, la vida! Instante maravilloso en que la naturaleza entera parece resucitar; espectáculo sublime, ante el cual el alma entusiasmada vive de una doble vida y goza de un doble placer, contemplando con orgullosa felicidad aquella vasta extension de los reinos de la tierra, que palpita y resplandece en la fecunda luz del astro del dia.

Nuestra ascension continuaba hácia Oriente, y seguramente hubiéramos conseguido mantenernos en el aire algunas horas más é ir á descender en Bélgica; pero la antigua ciudad de Reims aparece allá abajo, á nuestra derecha, surgiendo su catedral entre la niebla como un buque sobre el mar; no nos quedan más que 20 ki-



DOZAVO VIAJE AÉREO.—De París á Reims.

E. Helle, Sc.

logramos de lastre, y nuestro aeronáuta teme al viento, que tantas malas pasadas le ha jugado, pareciéndole los árboles demasiado agitados para su tranquilidad. La aproximacion de los Ardennes se deja sentir. Basta ya, dice; descendamos en el valle. Si el viento cesa y si el sol es bueno, podremos fácilmente remontarnos, y en último resultado en Reims hay gas para reponer nuestras pérdidas.

Le recuerdo que no es este el objeto de nuestro viaje y que aún estamos en situacion de esperar muchas horas; pero miéntras tanto ha abierto por completo la válvula y nos vemos rodeados de 500 aldeanos, en Hermonville, 12 kilómetros más allá de Reims. Toda la poblacion de la aldea ha salido de sus casas. Los hombres se precipitan, cruzando los sembrados, para coger las cuerdas, y se enredan en los sarmientos de las viñas; las mujeres acuden corriendo y arrastrando de la mano racimos de chiquillos casi en cueros, que lloran y se caen; es

una emocion sin ejemplo. Son las seis de la mañana.

Nos quedamos en la barquilla, y aquellas buenas gentes acometen la empresa de conducirnos en globo cautivo á Reims, en medio de la sorpresa y de los gritos de alegría de las asombradas poblaciones. Pero al salir de los valles se acentúa el viento cada vez más, y muy pronto contiene violentamente los esfuerzos de los más decididos. Abandonamos el camino para alejar el globo de los árboles, contra los cuales le arrojan las ráfagas, y finalmente, nos vemos forzados á descender de la barquilla y aguardar una hora de calma. El viento sopla ahora de tempestad. Dos mil kilogramos de guijarros, con los cuales se habia llenado la barquilla, son levantados y derribados. La tela del globo flota y azota la red, y á cada momento esperamos ver un desgarron. Unicamente á la puesta del sol podemos llegar á las puertas de Reims, precedidos por 2.000 ciudadanos cantando la *Marsellesa*. El ae-

rostato, dorado por los rayos del sol, avanza majestuosamente por la carretera, de la que ocupa casi toda la anchura.

Se preparó todo inmediatamente para hinchar el globo, merced á la actividad del inteligente y simpático director de la fábrica del gas; la noche fué tranquila, y confiábamos en poder partir al salir el sol; pero el viento trajo de nuevo la tempestad, siendo imposible conducir el globo á la fábrica, y poco despues, un espantoso huracan, acompañado de granizo y seguido de una lluvia torrencial, coronaba la odisea de este accidentado viaje, cuya naturaleza hacian cambiar absolutamente las circunstancias meteorológicas y la exagerada prudencia del aeronáuta.

En semejantes condiciones era irrealizable la partida de Reims. El mismo dia se elevaba un globo en Rethel, y desde el primer minuto era derribado por una ráfaga oblicua y arrojado contra los tejados, debiendo el aeronáuta la vida únicamente á una feliz casualidad. Estas sor-

presas acontecen en meteorología nueve veces de cada diez; nada se sabe y nada se puede prever. *¡La meteorología y la aerostacion están al nivel de la medicina!*

Este aerostato ha realizado, sin embargo, los términos de mi programa: ha estado hinchado dos noches y un dia, y si no hubiéramos descendido hubiera continuado conduciéndonos hácia otras latitudes. Pero desde el momento de la partida eran poco propicias las condiciones, la atmósfera muy variable, la temperatura heterogénea y las dilataciones y condensaciones frecuentes. Hubiera sido un prodigio conseguir descender por escalas sucesivas, y además, áun cuando el programa no se haya ejecutado completamente, no hemos dejado de hacer por esto un excelente experimento aeronáutico. Estaba escrito que habia de terminar ahogado en las olas de Champagne de la hospitalidad de Reims.

La proyeccion de nuestra ruta aérea es de 150 kilómetros, recorridos en ménos de siete horas;

lo que da, como velocidad media, 23 kilómetros por hora. Pero ¡qué variedad en estas velocidades! Viento apénas sensible en nuestra estacion de Mareuil, y 38 kilómetros por hora á 1.650 metros de altura. Las corrientes inferiores eran variables y flotaban en una extraña indecision, miéntras que la corriente superior se dirigia constantemente hácia el Nordeste, anomalía que con ocasion de este viaje he observado durante quince dias, comparando la veleta del Observatorio de París y la direccion de las nubes. El viento de tierra ha sido casi siempre diferente del de las nubes, de lo cual resulta claramente que los datos que se adoptan sobre el régimen de los vientos en Francia, inferidos de dos siglos de observacion de la veleta del Observatorio, son *completamente erróneos* bajo el punto de vista de las consecuencias meteorológicas que de ellos se deducen, y no representan en manera alguna la proporcion real de las corrientes oceánicas y de las corrientes continentales.

Miéntras se cree que la corriente que reina sobre los temporales en París viene de Alemania, es, por el contrario, el Atlántico que nos envia sus efluvios, puesto que los vientos de tierra suelen ser casi siempre remolinos ó reacciones del océano aéreo. Este último viaje me ha confirmado nuevamente un hecho bastante imprevisto, observado ya en mis precedentes ascensiones: las nubes no están más húmedas que las capas de aire transparente sobre las cuales descansan. Nos ha demostrado igualmente que para ciertas observaciones astronómicas, tales como la de las estrellas errantes, de la luz zodiacal y de las auroras boreales, el observatorio aéreo se halla colocado en condiciones de observacion verdaderamente excepcionales.

¡Cuántos estudios quedan por hacer! ¡Cuántos problemas que dilucidar! Sin contar con lo imprevisto, que ciertamente desempeñará siempre el papel más importante. Si se añade á la utilidad científica el encanto peculiar de esta loco-

mocion superior, hay motivos para asombrarse con justo motivo de la persistente rareza de estos viajes desde hace un siglo en que el primer globo de Montgolfier se elevó en los aires. Se oye frecuentemente lanzar esta acusacion á los globos: «¡No se sabe nunca dónde se va!»... Hay en esto cierto error: siempre se sabe dónde se está y en qué direccion se marcha, y generalmente se desciende donde se quiere. La direccion de la corriente puede cambiar sin duda, así como tambien su velocidad, flotando siempre un vago misterio ante la marcha del buque aéreo; pero precisamente en esto estriba el encanto principal: lo nuevo, lo desconocido, lo imprevisto. Es, sobre todo, la imágen de la vida; ¿qué otra cosa somos cada cual de nosotros sino un aerostato viviente, llevado por los inconstantes vientos del destino, para ser conducidos, un poco ántes ó un poco despues, segun la velocidad de la corriente, á ese puerto misterioso, en el cual no se leva ya jamás el ancla? ¡Felices los

que descienden á él en medio de la calma de una hermosa tarde, con la sonrisa errando aún en sus labios y la esperanza acariciando su corazon!